

ODA A LA DEMOCRACIA

ME PREGUNTA mi amigo el diputado
que qué es la democracia.

¿La democracia en Grecia?

¡Eso sí tiene gracia!

La democracia es ir tirando,
por inercia,

un carro en que — ¡oh, desgracia! —

va encaramada una señora necia
de grandes nalgas y pechuga recia

llamada aristocracia.

La democracia, caro diputado,

es igual, por desgracia,

En Asia que en Alsacia,

en Suecia que en Lutecia.

Se reúne el Congreso:

(un grupo de cabrones con afasia)

y después la Asamblea:

(un grupo de cabrones con amnesia)

para besarle el culo

a la señora necia

de grandes nalgas y pechuga recia,

llamada aristocracia.

¡Eso sí tiene gracia!

¿Y el pueblo?, el pueblo buey

que jala la carreta

mientras ve fornicar

al rico con su amasia,

se teje — digámoslo sin treta —,

se teje largamente una puñeta
a la salud de la señora necia
de grandes nalgas y pechuga recia
llamada aristocracia.

NEGROS EN LA UNIVERSIDAD

EN LA ESTATUA de Lincoln

husmean, orinan, ladran las feroces jaurías,

de perros senadores y perros policías,

para que no entren negros

en la universidad.

Republicanos y demócratas

realizan un recuento de pistolas y balas

apoyando la enérgica política de Wallace,

para que no entren negros

en la universidad.

El Ku-Klux-Klan vigila...

se arremolinan clanes, hordas, tribus fanáticas

y Tuskaloosa viste sus galas democráticas,

para que no entren negros

en la universidad.

A la sombra de Gettysburgh

la pelirrubia núbil a solas se desflora,

su novio monta guardia cada tres cuartos de hora,

para que no entren negros

en la universidad.

Si los muy tercos pueden
ser todo lo que gusten: soldados y pastores,
barmanes, bailarines, cantantes, boxeadores,
¿por qué entrar quieren negros
en la universidad?

ELEGÍA AL FUNCIONARIO PÚBLICO

EL OSTIÓN en su concha
es más inteligente que tú,
pequeño y grande funcionario público;
un humilde crustáceo manejaría mejor
los asuntos de Estado
que tú revuelves y complicas.
La justicia del pueblo ha de pasar primero
por las horcas caudinas
de tu descerebrada cerebrina,
porque el derecho necesita,
mil copias al carbón
— a fojas veinte mil y vuelta —
foliadas en murallas
de papel de china:
murallas burocráticas y burolíticas.

Dueña y señora del pasillo
de los pasos perdidos,
Cerbera vigilante, cuida
que nadie turbe el sacrosanto
silencio donde lento agonizas...

Serpiente de ojos miopes
y piel resbaladiza, la secretaria ejecutiva
hostiliza a los corderos pascuales
formados en la fila,
mientras el jefe de oficina
acumula... tiempo, panza,
calvicie, caspa, concha y escalafón,
poder, para poder joder... y apoplejía.

Esto no es una hipérbole,
el ostión en su concha
es más inteligente que tú,
pequeño y grande funcionario público.

CON CARÁCTER DE IRREVOCABLE

ANTE SU SEÑORÍA... (Aquí, jefe, director general,
ministro, presidente, señor Dios Padre o Padre Nuestro),
me permito, de la manera más atenta,
(esto es definitivo)
presentar mi renuncia
— por supuesto que sin goce de sueldo —
al muy honroso cargo de esclavo permanente y perpetuo
que su benevolencia me tenía asignado,
a tanto la quincena
más prestaciones sociales y aguinaldo.

Quiero vivir,
gozar la libertad del aire,

asolearme la piel,
 desarrugarme los pulmones,
 caminar por el mundo,
 pasear la calavera,
 leer un libro de un tirón,
 jugar al ajedrez,
 escribir un poema;
 concluir esa carta, aquella,
 cualquier carta pendiente...
 Hacer y deshacer el amor a las mujeres;
 en fin, ser gente — otra vez — entre la gente.

¿Que soy un majadero?:
 con carácter de irrevocable,
 Señor Dios Padre, jefe oficial de la oficina,
 capitán de banqueros y bandidos,
 director general de generales,
 jubilado académico de la lengua y el sexo,
 burgomaestre de barcos sólo ligeramente ebrios,
 presidente del Club de los Suicidas;
 contralmirante, contralor, contrabandista, contratante...
 secretario auxiliar del secretario auxiliar del secretario
 auxiliar del secretario...
 Con carácter de irrevocable ¡Sí!, ¡sí!, amén, Jesús,
 ojalá.
 Así sea.

CALIGRAMA DE LAS TRES CULTURAS

I
 LLUEVE SANGRE
 sobre el corazón de piedra
 de los antiguos dioses

a t a
 i n d e
 l i e
 a l t e
 e s c a
 a o c a
 l l i
 p o r g r a d a
 a g r a d a
 b a j a
 l a s
 e r
 i p
 e n t
 e
 viscosa de las entrañas

— Este país es una mierda.

Auuuuúllan sirenas nocturnas
y las mujeres y los hombres
se arrastran sobre los pájaros
asustados del sexo.

El cielo es un techo
de pólvora
y las manos cortadas
— ardiendo sobre picas —
flamean en los altares terribles.

II

El virrey toma una pulgarada de rapé
de su cajita de oro y nácar:
Es tor nu da
y guarda su pañuelo
de encaje en el nido del pulso.
Doblan a muerto las campanas
de los conventos.
En los ho yan cos donde se esconde el pueblo
hay una voz (cavernosa) que repite
incesantemente incesantemente:
— Este país es una mierda.

Rueda la *estufa* virreynal
por empedrados de diamante y en la G

a
r
g
a
n
t
a

la sangre coagulada
ahoga el grito
verde y furioso
del insulto.

III

Mátalos en caliente
sicario gobernante de la cruz verdadera;
Río Blanco y Cananea,
y de nuevo los ataúdes rodantes
circulando por el pavimento.
Las cruces — verdes y rojas —
no se dan abasto recogiendo despojos.

¿Qué pasa?

C
u
e
l
g
a
n
las piernas
de una muchacha muerta.

Una niña desnuda tiene la cara machacada
por la furia municipal de las culatas.

Se olean en las casas racimos de cadáveres;
sobre el petate yace un adolescente,
el costillar perforado por puntos suspensivos...

¿Qué pasa?

—Nada,
que definitivamente este país es una mierda,

En el asfalto los tanques
planchan planchan
calcomanías humanas.

EL PRESIDENTE

Ssshhh, CALLA, pueblo,
guarda silencio,
regresa a los orígenes
oscuros de ti mismo,
al corazón de la obsidiana,
al pedernal recinto de la madre partida
— paridora en cuclillas de la Muerte —,
a la postura fetal, ciega de gelatinas
placentarias.

Que no se mueva nada,
ni una ceja,
ni la arruga más leve
del aire en la bandera:
fotografía para la eternidad;
nadie se atreva a lanzar
ni el gruñido en sordina
de un pedo proletario;
ssshhh, pueblo,
guarda silencio,
que va a pasar
el presidente.

Estatua levantada en el desierto

ESTATUA LEVANTADA EN EL DESIERTO

a Eugenio Méndez

I

LA SEMILLA DE LA PIEDRA

Aquí,
En la dura tierra
arada por el viento,
en la seca Laguna
donde sólo se escuchan
las voces del silencio,
elevo las sílabas negras
de mi canto,
cordón
umbilical
que
une
la patria de la planta
con los rojos
pastizales del cielo.

Aquí construyo,
en el corazón de la estepa,
este edificio
de palabras
(de huesos sin soldar)
para agregarlo

a los cimientos del mundo
donde se erige,
entre los hombres,
el monumento definitivo
del Hombre.

Aquí,
donde la semilla de la piedra
crece
hasta la altura
insigne
de la estatua.

II

LOS RÍOS

Las llanuras
solitarias y arenosas
del Nazas
se quedaron absortas
bajo la luz fantasmal
de octubre,
momias resquebrajadas
envueltas en vendas de frío
reclinando la cabeza
sobre la piedra lunar.
Vena poderosa
de sangre bronca,
el Aguanaval azul
dejó escuchar
los redoblados tambores
de sus avenidas

TRAIL RANGEL FRIAS
LLANIL

de otoño;
las caballerizas verdes
del Usumacinta
destrenzaron su madeja
de crines
sobre las dentaduras postizas
de la roca;
el Papaloapan soltó
su bandada de mariposas
a las redes invisibles
del espacio:
puños de polen multicolor
germinado en probetas
de vidrio;
fuego, silencio y sombra
descendieron
por los claros turbiones
del río Coatzacoalcos,
astilla líquida
clavada en la yema
digital del mar,
y el Balsas Tepalcatepec
levantó sobre sus hombros
de energía eléctrica,
ollas térmicas
de agua domesticada;
cortinas de concreto
durmiendo de pie
montaban guardia
en el vaso tejido
por hadas de arteificio;
el río centinela,

nivoso hijo
de las Montañas Rocallosas,
nacido transparente
entre cuchillos basálticos,
se fue nutriendo
de aluviones orgánicos
y vegetales tierras,
engrosó su cintura marital
y marcó los confines de la patria:
Río Bravo fue su nombre.

Nacidos en pañales de roca
los ríos (becerros de voz
huérfana) poblaron el espacio
con estruendos de espuma:
catedral del murmullo,
sonora cúpula
de reinos combatientes,
campana neumática
donde se amorata el esqueleto
salino de la lágrima.

III LOS VOLCANES

Sobre el asador
de su cono
volcánico
el Popocatépetl,
encollarado
de nieve,
chamuscó

la cola
de águilas
funerarias
que descendieron
vomitando sangre
por el mal de montaña,
y el Iztaccíhuatl
exprimió
el dolor
de sus pedregosos
senos
exhaustos
—duras copas
de estaño—
sobre el Valle de México;
el Citlaltépetl,
padre venerable
del fuego:
Pico-Estrella,
cumbre de los volcanes
de mi patria,
primogénito
de la altura,
Polifemo
de los faros
geográficos,
lanzó al viento
sus bufandas de niebla,
que implantaron
desgarrados
estandartes
de luto

en las agujas
de los pinos;
el Ceboruco nayarita
relinchó tristemente
y emprendió su desbocado
galope orográfico
rumbo a las costas,
donde se exhiben
en escaparates de arena
las esculturas instantáneas de las olas;
el Jorullo
guardó enconado
silencio
y sus bocas
eruptaron
la pesada digestión
del azufre;
entre aplanados lagos,
secándose al sol
sobre sus espaldas,
empinó la frente
coronada de hielo
el Nevado de Colima,
y el Cofre de Perote
lloró
joyas arqueológicas
de lava líquida;
entre la selva de jade
de las pináceas
se enrocó: reina del
ajedrez volcánico,
La Malinche;

RAUL RANGEL FRIAS
U.A.N.L.

al Nevado de Toluca
(Xinantécatl
en lengua de indios)
le salieron canas verdes
en una noche de insomnio,
y sobre la frente rocallosa del Ajusco
aparecieron hondas arrugas
de preocupación;
adolescente volcánico
el Paricutín
— espinilla de fuego
en la piel de los campos —,
tuvo poluciones nocturnas
de espermática lava.

Todo fue llanto y ceniza
en el nido de los basaltos
donde se empolla el fuego.

IV

LOS DESIERTOS

También lloraron los desiertos
con sus ojos sin lágrimas,
con las vacías cuencas
imploradoras de agua;
con la garganta enrojecida,
cañón de piedra ardiendo;
con su sedienta voz de arena,
con sus palmarias manos
agrietadas
y sus huellas de polvo
y sus pies de miseria.

V

LOS LAGOS

Pátzcuaro es zafiro
de agua
para el tocón florecido
de tu mano benéfica,
Tata Lázaró,
y Chapala esmeralda
de luz fija
en el lago sin fondo
de tu augusta mirada;
Yuriria: topacio episcopal
para tu báculo de pueblos,
irradia relámpagos
de oro sangriento,
y Cuitzeo palpita
— piedra crepuscular —
en la sortija
demolida del salitre.

VI

ELLOS TE BAUTIZARON

Ellos te bautizaron
nuevo obispo de Quiroga,
Tata Lázaró;
los indios de las yácatas
circulares;
vuelo de colibrí,
los de Tzintzuntzan
te bautizaron.